



PETROS MÁRKARIS
LIQUIDACIÓN FINAL

Traducción del griego
de Ersi Marina Samará Spiliotopulu



M A X I
TUSQUETS
EDITORES

Están sentadas la una frente a la otra en dos sillones de respaldo bajo y con reposabrazos de madera. Ante ellas, sobre una mesita, hay un televisor del tamaño de un viejo monitor de ordenador, y está encendido, pero ninguna de las dos mira la pantalla. Tienen los ojos cerrados y la cabeza vencida a un lado. En la calle, un inmigrante toca en el acordeón uno de aquellos valeses con los que, antaño, los recién casados inauguraban el baile tras el banquete de bodas.

Las otras dos están en la habitación contigua, un dormitorio, tendidas en una cama de matrimonio y con la mirada fija en el techo. Las cuatro visten con sencillez, con ropa barata como la que venden en las tiendas de los barrios humildes. Tres de ellas llevan chaqueta de lana negra, porque llovizna y hace fresco. La cuarta luce un vestido pasado de moda, con un estampado de florecitas silvestres. Las dos mujeres que están en la salita llevan medias gruesas y zapatos negros planos. Las otras dos, como buenas amas de casa, han dejado sus zapatillas junto a la cama y se han acostado sólo con las medias.

Kula pasa por mi lado, mira a las mujeres de los sillones y se santigua.

—¿Qué más nos queda por ver? —se pregunta.

El piso, que está en la segunda planta de un edificio en la calle Eólidis, en el barrio de Egaleo, no tiene más de sesenta metros cuadrados. La salita y el dormitorio dan a la calle, mientras que la cocina y el pequeño cuarto de baño lo hacen a un patio de luces.

Me acerco a la mesa cuadrada de madera, cubierta con un mantel bordado, y vuelvo a leer la nota:

«Somos cuatro mujeres jubiladas, solas en el mundo. No tenemos hijos ni perros. Primero nos recortaron la pensión, nuestra única fuente de ingresos. Después tuvimos que buscar a un médico privado para que nos recetara nuestros medicamentos, porque los médicos de la Seguridad Social estaban de huelga. Cuando por fin conseguimos las recetas, en la farmacia nos dijeron que no servían, porque la Seguridad Social les debe dinero, y que tendríamos que pagar las medicinas de nuestro bolsillo, de nuestra pensión recortada. Nos dimos cuenta de que somos una carga para el Estado, para los médicos, para las farmacias y para la sociedad entera. Nos vamos, así no tendréis que preocuparos por nosotras. Con cuatro jubiladas menos, mejorarán vuestras condiciones de vida».

La nota está escrita con letra clara y redonda. Al lado dejaron sus carnés de identidad. Ekaterini Sejtariði, nacida el 23 de abril de 1941. Anguelikí Stazopulu, nacida el 5 de febrero de 1945. Lukía Jaritonidu, nacida el 12 de junio de 1943. Vasilikí Patsi, nacida el 18 de diciembre de 1948.

Stavrópulos, el forense, sale del dormitorio en el instante en que los paramédicos llegan para retirar los cadáveres. Se acerca a mí mientras se quita los guantes de látex.

—Supongo que no tienes ninguna duda de que se trata de un suicidio —me dice.

—No lo dudo. ¿Cómo lo hicieron?

Se encoge de hombros.

—La autopsia nos revelará cómo, pero dado que no hay heridas de bala ni cortes en las muñecas, no queda otra hipótesis que el veneno. No sé si te habrás fijado, pero en la cocina hay una botella de vodka medio vacía.

—¿Se han suicidado emborrachándose con vodka? —pregunto sorprendido.

—No. Debieron de usarlo para ingerir los somníferos. Es la manera más segura de morir en paz mientras duermes. ¿Has leído la nota que han dejado?

—Sí.

—En este caso, ¿tiene algún sentido el suicidio, señor Stavrópulos? —pregunta Kula.

—Lo tiene. Los gastos del entierro correrán a cargo del erario público. A falta de familiares, la Administración tiene la obligación de enterrarlas. Es la única manera de sacarle pasta a esta mierda de Estado —le espeta Stavrópulos y se va.

—Comisario, ¿y qué hacemos ahora nosotros? —pregunta Kula.

En realidad, no tenemos nada que hacer y yo lo único que quiero es salir cerrando la puerta detrás de mí. Es posible que me haya acostumbrado a ver cadáveres después de tantos años, pero una cosa es el cadáver de una víctima de asesinato y otra muy distinta los cadáveres de cuatro mujeres jubiladas, de entre sesenta y tres y setenta años de edad, que han puesto fin a su vida voluntariamente.

—¿Quién las ha encontrado? —le pregunto.

—Una conocida, una vecina que no vive lejos de aquí. Llamó a la puerta pero no le abrieron. Le extrañó, porque Vasiliki Patsi siempre estaba en casa por la mañana. Volvió al poco rato y tampoco le abrieron. Entonces se alarmó y llamó a un cerrajero. Al abrir la puerta las encontraron.

—¿Dónde está ahora esa mujer?

—La he enviado de vuelta a su casa en un coche patrulla. Tengo su dirección y también la del cerrajero. Si necesitamos algo, sabemos dónde encontrarles. —Reflexiona un poco antes de añadir—: Pero, pensándolo bien, ¿qué podríamos necesitar?

Me doy ánimos y decido echar un último vistazo al piso; más que nada, por deformación profesional. Le digo a Kula que ya puede irse. Pero Kula no me contesta y empieza a seguirme de cerca, como un juguete al que han dado cuerda.

No veo nada en la salita de estar, de modo que me dirijo al dormitorio. Los paramédicos ya se han llevado a las dos jubiladas muertas. Al menos, nos ahorramos el espectáculo.

En el armario ropero hay dos vestidos, dos faldas y un abrigo. En los cajones hay ropa interior, tres blusas y dos jerséis, todo doblado con esmero.

Salgo del baño y voy a inspeccionar la cocina. Encima del



mostrador de mármol está la botella de vodka medio vacía y, arriba, en el armario, hay cuatro platos, cuatro vasos, dos tazas, una cacerola y unos cubiertos. La vivienda está como los chorros del oro, como si Vasilikí, que vivía en ella, hubiera querido entregarla impecable.

En la puerta de entrada nos topamos con una cuarentona raquítica.

—Soy la casera —anuncia sin darnos siquiera los buenos días—. Eleni Grigoriadu.

—Ya puede vaciar el piso. Hemos terminado —le digo, porque sé que eso es lo que quiere oír.

—Vasilikí me debía el alquiler de seis meses. ¿A quién se lo reclamo? ¡No tenía familiares!

Me parece que sobran las respuestas y me dispongo a bajar las escaleras, seguido de Kula.

—¡Yo vivo de los alquileres, no tengo otros ingresos! —grita a nuestras espaldas—. ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Suicidarme yo también?

—Ésta tendría que haberse casado con mi padre —dice Kula cuando llegamos a la primera planta.

—¿Por qué?

—Porque están hechos el uno para el otro: sólo piensan en sí mismos. A mi madre, que se preocupaba por todos nosotros, la envió a la tumba.

En la calle se ha congregado un grupo de mujeres que observan en silencio las ambulancias que se alejan bajo la llovizna. Dos de ellas, con los brazos cruzados, lloran desconsoladas. Las demás miran las ambulancias sin decir palabra. Nos disponemos a subir al Seat cuando se nos acerca una de las dos mujeres llorosas.

—Keti Sejtari di era mi maestra en la escuela del barrio —dice antes de prorrumpir en sollozos—. Allí trabajó hasta que se jubiló. Eran tiempos de mucha pobreza.

—¿Acaso no lo son ahora? —grita otra mujer—. Mi hijo se pasa el día delante del ordenador, buscando trabajo por Internet como un loco. Lo miro y me pregunto qué hará cuando nos corten el teléfono, porque ya no podemos pagar las facturas.



Kula, tras lanzarme una mirada, se dirige a la mujer que so-
lloza:

—Voy a decirle una cosa. —Habla en voz alta para que to-
das puedan oírla—. No sufrieron. Las cuatro murieron mientras
dormían.

—Algo es algo —suenan una voz al fondo.

El inmigrante que tocaba el acordeón se ha refugiado bajo el
toldo de una tienda de electrodomésticos, ha dejado de tocar y
observa la escena.

Arranco el motor y un poco más adelante giro a la izquierda,
para salir a la calle Tebas y, de allí, a Petru Rali. Pasamos por
delante de unos cubos de basura. Dos negros, metidos en los cu-
bos hasta la cintura, buscan comida con desespero.

Sigue cayendo la llovizna de mayo, pero el tráfico, sorprendentemente, es fluido. A lo mejor hemos pillado el intermedio: el embotellamiento matutino ya ha terminado y todavía no ha empezado el del mediodía. O quizá es que la Troika* nos ha sometido a tal tratamiento de continencia que la mayoría no tiene dinero para sacar el coche a pasear. Podría charlar con Kula para amenizar el trayecto de regreso, pero, cuando has sufrido un *shock*, ni te entra un bocado en el estómago ni te sale una palabra por la boca.

En la avenida del Pireo el tráfico es más denso y, a partir de las oficinas de la Seguridad Social, avanzamos a paso de tortuga. En la calle Menandro el colapso es total. Sin embargo, y es la primera vez, no se oyen pitidos ni insultos, nadie saca obscenamente el dedo por la ventanilla. Los conductores esperan con paciencia recorrer los tres metros que les separan del siguiente parón.

—¿Por qué están tan tranquilos hoy? —pregunto a Kula.

—La gente ha tirado la toalla y ha caído en el fatalismo, señor comisario. Si nada tira adelante, piensan, ¿por qué habrían de hacerlo los coches?

Su razonamiento se revela erróneo cuando llegamos a la plaza de Omonia. Las avenidas Stadíu y Panepistimíu están cerradas al tráfico desde la calle Eolu hasta la avenida Patisión. Hasta nuestros oídos llegan gritos de protesta y consignas coreadas.

* Se refiere a los representantes del Fondo Monetario Internacional, la Unión Europea y el Banco Central Europeo que supervisan la aplicación de las medidas tomadas por el gobierno de Grecia para el saneamiento de la economía del país. (N. de la T.)

—¿Qué pasa, compañero? —pregunta Kula a una de las víctimas uniformadas que están de servicio detrás del precinto rojo.

—Es una manifestación organizada por los sindicatos —contesta el agente con aspereza.

—¿La avenida Alexandras está abierta al tráfico?

—No, pero no vayáis por la calle Marni, no se sabe qué podéis encontraros entre la Politécnica y la sede de la Confederación General de Trabajadores. Mejor tomad por Evelpidon.

—Como ves, no todo el mundo ha tirado la toalla —comento.

—Hay quienes agachan la cabeza y hay quienes abren cabezas ajenas. Lo que queda por ver es cuándo nos daremos todos cabezadas contra la pared —contesta Kula con frialdad.

Sigo el consejo del agente, pero tomo por Guisi para llegar a la avenida Alexandras. Sólo tardamos cinco minutos en llegar a Jefatura. Kula sube a su despacho mientras yo paso por la cantina para recoger mi café.

«El ocio es la madre de todos los vicios», como diría Adrianí. Desde hace un mes, el único caso que nos ha surgido en la brigada de Homicidios es el suicidio de estas cuatro mujeres. En cambio, los demás departamentos no dan abasto. Entre las manifestaciones y los agitadores, y las batallas campales que han estallado entre los inmigrantes en San Pantaleón y los grupos de indignados que se concentran ante las residencias privadas de los políticos para abuchearles, no tienen ni un minuto de respiro. Los asesinatos han sido aparcados: han cambiado las prioridades.

En casa impera la misma calma. Katerina, que ya ha terminado las prácticas, lleva casos relacionados con la regularización de inmigrantes ilegales. No da precisamente saltos de alegría, porque conceden las naturalizaciones con cuentagotas y también porque su trabajo raras veces implica ir a juzgados y se parece más a la labor de los viejos oficiales de reclamaciones que plantaban sus mesas junto a la entrada del ayuntamiento. El resto de la familia, con Fanis a la cabeza, le suministramos las habituales píldoras de ánimo, del estilo: «Es una manera de empezar, hija mía», «Menos da una piedra», pero a Katerina no se la ve muy convencida.

Visto todo lo anterior, decidí recurrir al remedio de Adriani, que sostiene que para matar el aburrimiento no hay nada como dedicarse a la limpieza. Dicho y hecho. Dije a mis ayudantes que era una buena oportunidad para poner orden en el departamento. Para deshacernos de lo innecesario y mandar al archivo central todos los casos resueltos. No se emocionaron mucho, la verdad, y yo tampoco, pues me siento como si me hubieran asignado funciones de jefe de contabilidad.

Hoy es el tercer día de limpieza. Entro en el despacho de mis ayudantes y los veo trastabillar, arremangados, bajo el peso de los expedientes. La única que está feliz es Kula. Le pedí que se encargara de la limpieza de los archivos informáticos y se ha lanzado de cabeza a la tarea. Basta con sentarla delante de un teclado y un monitor para que esté como unas castañuelas. A juzgar por su sonrisa, ya ha archivado el expediente de las cuatro suicidas. El teclado es su tranquilizante más eficaz.

—¡Un asesinato, por favor, señor comisario! —suplica Dermitzakis desesperado.

—Tantos focos de conflicto en Atenas —añade Vlasópulos—: inmigrantes que se enzarzan todas las noches con los de Amanecer Dorado,* gente que acosa a los políticos para agredirles, pancartas que arremeten contra la prensa... ¡y ni un triste crimen que nos libre de la limpieza! ¡Esto es el fin!

Dermitzakis pilla a Kula sonriendo disimuladamente con la mirada fija en su pantalla.

—Claro, tú te ríes porque te has librado y te pasas el día delante del ordenador. Pero ojo, que como te vea jugando a un solitario, se te cae el pelo. —Se vuelve hacia mí—: En cuanto te das la vuelta, se pone con uno de esos solitarios.

—Lo hago para despejar la mente —se justifica Kula.

—Ánimo, chicos. Esto no puede durar mucho más —les digo para consolarles y porque también yo estoy un poco harto de esta Operación Limpieza.

—¿Se acuerda de aquella vieja consigna electoral, señor comi-

* Partido político fundado en 1980 que se autodenomina nacionalista y es ampliamente considerado neonazi. (*N. de la T.*)

sario? ¿«Para un futuro mejor»? Ahora le hemos dado la vuelta: «Para un futuro aún peor» —dice Vlasópulos, y yo me vuelvo a mi despacho con el corazón en un puño.

Apenas he tenido tiempo de tomar un sorbo de café cuando suena el teléfono.

—Quiere verle —me anuncia secamente Stela, la sustituta de Kula.

En cuanto a belleza, está a la misma altura que Kula, pero en lo que se refiere a gracia e inteligencia, digamos que Stela entra en la categoría zopenquil.

—Le espera en su despacho —me suelta sin alzar la cabeza cuando paso por delante de su escritorio, confirmando mi diagnóstico.

Guikas está sentado tras su escritorio, mirando la pantalla de su ordenador. Desde que solicitó un ordenador, se pasa el día contemplando embobado la pantalla. Al principio hizo algún esfuerzo por usar el teclado, pero con resultados tan desastrosos que tuvo que llamar a Kula para que arreglara el lío que había montado. Ella deshizo el entuerto, le instaló un bonito paisaje como fondo de escritorio y desde entonces Guikas se ha convertido en amante de la naturaleza. Yo no soy menos inútil que él, lo confieso, pero al menos no he solicitado un ordenador ni me dedico a admirar panoramas.

—¿En qué ha quedado la historia de esas cuatro mujeres? —inquire.

—Un suicidio colectivo, sin lugar a dudas —respondo y procedo a darle detalles del caso.

Tras unos segundos de silencio, comenta:

—No me malinterpretes, pero ojalá la cosa se quede en esas cuatro ancianas.

—¿Por qué lo dice?

—Porque, a este paso, pronto empezarán a suicidarse también los jóvenes —sentencia.

De hecho, no hace más que corroborar el pronóstico de Vlasópulos de que vendrán días peores. Como ya no puedo soportar tanto pesimismo, me levanto, dispuesto a abandonar el despacho.



—No te vayas —me detiene—. Quería decirte algo más.

Mientras vuelvo a sentarme, me pregunto de qué puede tratarse, con esta calma chicha que reina en Jefatura. Imagino que quiere encargarme algún trabajillo, algo personal, pero sus palabras hacen saltar mi suposición por los aires.

—Se acercan las promociones —anuncia—. He pensado proponerte como subdirector de Seguridad. —Y añade—: Creo que puedo colarlo.

Cuando mi sorpresa inicial se disipa, lo cual sucede rápidamente, no se me ocurre nada que decir. ¿Qué contesta uno en estos casos? ¿«Gracias por haber pensado en mí», «Su confianza me honra»? Dado que las frases como éstas me parecen vacuas, opto por dejar que mi incomodidad hable por mí. Por lo menos, así soy sincero.

—En teoría, no debería decirte nada —continúa—. Pero lo hago por dos razones. En primer lugar, porque creo que lo mereces, tienes las aptitudes necesarias para ello. Eres un policía experimentado y has demostrado tu capacidad en situaciones difíciles.

—Muchas gracias —mascullo entre dientes.

—Aunque no sé si lo mereces por... tu carácter.

—¿Qué quiere decir? —Una de cal y otra de arena, Guikas nunca cambiará.

—Siempre haces lo que te da la gana, sin pensar en quién pagará los platos rotos. Kostas, los que suben en el escalafón son felinos, y tú, en cambio, eres como un elefante en una cristalería. Y ahora, definitivamente, se han acabado las bromas. No sólo está en juego tu prestigio, sino también el de otros. Debes mostrar un comportamiento ejemplar hasta que terminen las evaluaciones. Así que, ya sabes, ni una jugarreta. A la mínima, tú perderás esta gran oportunidad y yo quedaré en evidencia. ¿Lo has entendido bien?

—Lo he entendido y se lo agradezco.

—Si quieres mostrarme agradecimiento, haz lo que te digo.

Lo primero que me pregunto es si me gustará sentarme en un despacho lidiando con informes y documentos. Porque, ¿para qué nos vamos a engañar?, el nuevo puesto, si lo consigo, es de



oficina. Pero después pienso en el aumento de sueldo que conllevaría y aparto mentalmente mis reticencias ante la burocracia. Al menos me resarciría de los recortes del año pasado. Mientras la gente renuncie a matar, es imposible que haga de las mías, como dice Guikas. Y cuando ya entro en el ascensor, camino de mi despacho, me digo que, mira por dónde, la desdicha de no tener casos de los que ocuparme podría trocarse en dicha.